

SERVICIO NACIONAL DEL ADULTO MAYOR
COLECCIÓN ESTUDIOS



**MALTRATO
A LAS PERSONAS MAYORES
EN CHILE:
Haciendo visible lo invisible**

MARÍA TERESA ABUSLEME L. | MÁXIMO CABALLERO A.
(Editores)



ISBN libro impreso: 978-956-8846-04-6
Registro de Propiedad Intelectual: 238563

COORDINACIÓN GENERAL DE LA PUBLICACIÓN:

Unidad de Estudios
Unidad de Comunicaciones
Servicio Nacional del Adulto Mayor
Senama

Las opiniones vertidas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores de cada uno de los artículos aquí contenidos y no representan, necesariamente, el pensamiento del Servicio Nacional del Adulto Mayor (Senama) o del Estado de Chile.

Cómo citar esta obra:

Abusleme, M.T., Caballero, M. (Editores) (2014). Maltrato a las Personas Mayores en Chile: Haciendo visible lo invisible. Santiago: Senama, 2014. Ediciones Servicio Nacional del Adulto Mayor.

Ediciones Servicio Nacional del Adulto Mayor

Nueva York 52, piso 7 - Santiago de Chile

www.senama.cl

Impreso en Santiago de Chile por Impresora FE&SER Ltda.

Primera Edición: 500 ejemplares

Diciembre de 2013

Editores: María Teresa Abusleme L.

Máximo Caballero A.

Periodista: Camila Quinteros R.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
Rosa Kornfeld Matte	
1. El Maltrato hacia las personas mayores: realidad y desafíos del abordaje desde las políticas públicas en Chile a través del Senama.	9
María Teresa Abusleme Lama, Máximo Caballero Astudillo	
2. El maltrato de las personas mayores: conceptos, normas y experiencias de políticas en el ámbito internacional.	19
Sandra Huenchuán	
3. Buen trato al adulto mayor en el bioderecho.	35
Paulina Ramos Vergara, Ángela Arenas Massa	
4. El adulto mayor víctima de violencia intrafamiliar. Su abordaje en los tribunales de familia.	45
Jessica Arenas Paredes	
5. Reflexiones epistemológicas en la investigación del maltrato societal.	63
Marcelo Piña Morán	
6. ¿Hay un buen trato hacia los adulto mayor en el sistema de salud?	83
Gonzalo Navarrete Hernández, Constanza Briceño Ribot, Víctor Hugo Carrasco Meza	
7. Salud mental e integración social en la Tercera Edad: una visión sistémica de la exclusión social como maltrato.	105
Daniela Thumala-Dockendorff	
8. Envejecimiento, subjetividad y maltrato.	119
Susana González R.	

9. Familia y Soportes Intergeneracionales en la Aduldez Mayor: riesgos y desafíos.	127
Marisol del Pozo Sánchez	
10. El maltrato a las mujeres adultas mayores.	137
Beatriz Zegers P.	
11. Cuidadores y maltrato en la persona mayor: Estrategias para su abordaje.	155
Constanza Briceño Ribot, Gonzalo Navarrete Hernández, Víctor Hugo Carrasco Meza	
12. Formación de cuidadores: una alternativa para evitar el maltrato psicológico a personas mayores.	171
Atenea Flores-Castillo, Blanca Ansoleaga Humana, Miguel Ángel Zarco Neri	
13. Estado y personas mayores indígenas en Chile: reflexiones sobre el maltrato simbólico.	189
Marcelo Hermosilla Jaramillo	
NOTA BIOGRÁFICA DE AUTORES Y AUTORAS	201

FAMILIA Y SOPORTES INTERGENERACIONALES EN LA ADULTEZ MAYOR: RIESGOS Y DESAFÍOS

Marisol del Pozo Sánchez

RESUMEN

En este trabajo describiremos cómo la modernidad ha impactado las relaciones intergeneracionales al interior de la familia y el tipo de adaptaciones con que la familia ha respondido a estos cambios. Este contexto nos permitirá situar las relaciones de soporte intergeneracional al interior de la familia y reflexionar acerca de sus riesgos y vacíos.

Para ello se abordarán los fundamentos por los cuales los hijos cuidan a sus padres con base en el modelo de análisis de Daniela Klaus (2009), a modo de comprender desde dónde surgen los riesgos y desafíos para pensar en los soportes intergeneracionales al interior de la familia.

Interesa reflexionar en torno a los cambios en la estructura y funciones de la familia y los vacíos en relación con los soportes intergeneracionales, como un factor de riesgo de maltrato hacia el adulto mayor al interior de la familia.

FAMILIA Y MODERNIDAD

La familia tradicional extendida es una de las instituciones que ha experimentado cambios importantes en su estructura y funciones. En sus fundamentos está brindar protección y condiciones para el desarrollo de todos sus miembros; sin que estos fundamentos se hayan modificado, muestra importantes cambios que generan vacíos en relación con la protección de sus miembros.

Para abordar estos cambios parece útil recordar las características de la primera transición demográfica y señalar los principales rasgos de la denominada segunda transición demográfica, e intentar reflexionar acerca de su impacto cultural y social en el entorno familiar.

La primera transición se caracterizó por niveles de fecundidad inferiores al nivel de reemplazo y sostenidos en el tiempo, producto del control de la natalidad; la segunda se caracterizó por el aumento de la expectativa de vida pro-

ducto de las transformaciones en la calidad de ésta, cuyo principal impacto es el envejecimiento poblacional; ambas transiciones impactan el espacio social y las pautas culturales de convivencia. Su expresión en la estructura familiar la podemos reconocer en la reconfiguración de la familia extendida propia de las sociedades tradicionales, donde miembros de distintas generaciones compartían la cohabitación, a la familia nuclear, que incluye solo a padres e hijos o en las nuevas configuraciones familiares que no están definidos por la consanguineidad. Ambas transiciones comenzaron a expresarse en los países desarrollados y se manifiestan más tardíamente en América Latina (Lesthaeghe, 1995).

La segunda transición impacta en la estructura familiar incrementando la soltería, retrasando el matrimonio, postergando la llegada del primer hijo, expandiendo las uniones consensuales, elevándose los nacimientos fuera del matrimonio; aumentando las rupturas matrimoniales y diversificando las modalidades de estructuración familiar. Alguna de estas nuevas configuraciones familiares están constituidas por hogares mono parentales, unipersonales, coparentalidad sin cohabitación, homo parentales, entre otras configuraciones (Lesthaeghe, 1995).

La segunda transición demográfica se está desarrollando en distintos escenarios en América Latina, y el impacto a nivel cultural y social, y particularmente en la estructura familiar, parece estar asimilándose en primera instancia en los grupos socialmente favorecidos. Este patrón de asimilación de los cambios culturales es habitual, son los grupos con mayores recursos socioeconómicos, los que generalmente adoptan las pautas de conducta prevalecientes en los países desarrollados.

Es así como serían estos grupos los más proclives a desarrollar patrones de fecundidad baja y tardía; retrasar el matrimonio y aumentar el celibato, como asimismo la cohabitación y el divorcio y la diversificación de formas familiares, esto conlleva ventajas para su desempeño social en muchos sentidos, en particular el tiempo destinado a la formación y sus opciones de dedicación y movilidad laboral. Esta condición contiene uno de los riesgos previsibles de esta segunda transición, y es que abre las posibilidades para una nueva forma de estratificación social, nuevas brechas entre los grupos sociales (Lesthaeghe, 1995).

Lesthaeghe (1995) plantea que cuando era posible observar una tendencia hacia la homogenización de los patrones demográficos básicos entre grupos sociales, por la generalización de la primera transición demográfica, que básicamente disminuía y nucleaba la unidad familiar; surge una modificación de otro conjunto de comportamientos socio demográfico que probablemente generará una nueva estratificación social: entre los grupos culturalmente favorecidos que prolongan sus estudios, postergan el matrimonio y la natalidad, fortaleciendo de este modo su inserción laboral y económica y los grupos que incorporan estos cambios más tardíamente debilitando su inserción laboral y económica.

Para Lesthaeghe (1995), sin embargo, es necesario considerar las distancias culturales entre los países del "primer mundo" y los países latinoamericanos, donde el valor otorgado a los niños, la histórica presencia de las uniones consensuales y el conocido patrón de desvinculación de los padres condicionan las mutaciones que plantea la segunda transición demográfica.

Por otra parte, señala que a diferencia del aumento de la cohabitación que en Europa parece ser una manifestación de modernización cultural, que expresa opciones desde la individualidad de ambos miembros de la pareja, en América Latina, al expresarse en el contexto cultural del machismo y los patrones de desvinculación de los padres, más bien se traduce en una manifestación de pobreza y marginalidad, que implica mayor vulnerabilidad para la pareja y los hijos.

La segunda transición modifica en un sentido radical la organización familiar. En efecto, mientras que la transición demográfica clásica altera la estructura y el tamaño de los hogares, más específicamente, los “nucleaba” y “empequeñecía” pero dejaba más bien intacta a la familia como institución, la segunda transición demográfica transforma el contrato matrimonial y, en algún sentido, a la familia también. El matrimonio enfrenta el desafío de la generalización del divorcio y del aumento de la cohabitación. La familia, por su parte, encara la agudización de las tensiones entre proyecto individual en la sociedad y el proyecto reproductivo y de socialización primaria que históricamente ha sido el eje de la institución familiar (Lesthaeghe, 1995).

El mismo autor sostiene que en términos muy amplios, estos son los desafíos que impone la modernidad a la familia: la tensión entre las decisiones individuales que procuran maximizar el proyecto personal, la asimilación de fenómenos socioculturales emergentes, relacionados tanto con la aversión al riesgo, al trabajo doméstico y a la confianza en los otros.

Estas condiciones sientan las bases para debilitar los soportes intergeneracionales en las familias y pueden dar paso al surgimiento de fenómenos de abandono o maltrato.

El incremento de la soltería y las separaciones conyugales modifican aspectos de las relaciones reproductivas y de género que se consideraban altamente estables, así como la tendencia a que la gran mayoría de las personas adultas establecían un compromiso de pareja con fines reproductivos o, al menos delimitaban formalmente el ámbito de ejercicio de la sexualidad. Este escenario configura el desarrollo de hogares unipersonales durante la adultez mayor, donde se pone en jaque la capacidad de generar los soportes intergeneracionales necesarios.

Otra dimensión del funcionamiento familiar, que también se ha visto impactada por los cambios propios de la modernidad, son las relaciones intergeneracionales. Es evidente que existe consenso social y legal acerca de cómo sostener la relación padres-hijos cuando estos son aún dependientes de los padres: los padres deben brindar afecto, sostenerlos físicamente, deben socializarlos y brindarles recreación. Los hijos por su parte deben respetarlos y obedecerlos, ser responsables en sus deberes escolares e incorporar las reglas sociales de convivencia. Esta relación está hoy altamente normada y a nadie le sorprende que exista incluso un acuerdo internacional acerca de los derechos de cuidado de los niños.

Sin embargo, no existen parámetros respecto de cómo sostener la relación cuando ambos son adultos, considerando y reconociendo que esta cambia. Esta falta de patrones acerca de cómo sostener la relación entre padres viejos e hijos

adultos, es un vacío más del contexto del envejecimiento y las transformaciones de la familia occidental en la modernidad. La familia tradicional extendida no tenía este vacío ya que la cohabitación de las distintas generaciones lo resolvía en sí misma.

En América Latina existen distintos escenarios demográficos de envejecimiento, en todos los cuales la familia continúa siendo el principal soporte de los mayores. En Europa, que es un continente envejecido, han desarrollado políticas frente al envejecimiento poblacional que consideran las transformaciones que han impactado a la familia.

Este vacío plantea el punto inicial desde el cual los autores se plantean los límites de la obligación filial y abre la pregunta en torno a cómo se resuelven los soportes intergeneracionales en las nuevas estructuras familiares.

RELACIONES INTERGENERACIONALES EN LA FAMILIA

En Chile conviven diversidad de modelos familiares, algunos se asemejan más al modelo de familia tradicional extendida, otros al modelo de familia nuclear más clásico, como también han empezado a surgir los hogares unipersonales y otro tipo de configuraciones familiares.

Según el informe Desarrollo humano en Chile del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (Pnud, 2002), se observa una multiplicación de morfologías familiares donde “la diversidad e informalidad en las formas de organizar los vínculos familiares es vista cada vez más como un hecho normal”, al mismo tiempo éste se apoya en la percepción “que las formas institucionales predominantes de organización de los vínculos familiares están en crisis y requieren cambios” (Pnud 2002:206). La familia se ha transformado y se han legitimado diversas formas de hacer familia, se han multiplicado las formas aceptadas de convivir en y con ella.

Estos cambios describen un escenario desde donde comprender cómo se sostienen las relaciones intergeneracionales. En este trabajo partiremos del supuesto que el modelo predominante en términos de relaciones intergeneracionales, es el modelo multigeneracional. Este modelo describe las modalidades y fundamentos de las interacciones entre miembros de una misma familia, que pertenecen a distintas generaciones y que no necesariamente comparten la cohabitación como en el modelo de familia extendida. Respecto de las modalidades de convivencia se señalarán algunos datos aportados por la Segunda Encuesta Calidad de Vida en la Vejez, Chile y sus mayores (2010). En relación con los fundamentos, se considerarán los elementos planteados por Daniela Klaus.

La diversidad de modos de intercambio se expresa en las formas de convivencia que señalan sostener los mayores con sus hijos. Según esta encuesta (2010), el 52% señala no vivir con ninguno de sus hijos, el 34% señala vivir con un hijo, el 11% con dos hijos y el 3% con tres o más hijos, es decir el 48% de los adultos mayores convive en una relación cotidiana con al menos un hijo.

En relación con la cercanía geográfica de los mayores, 42% dice que sus hijos viven cerca o en su mismo domicilio; 34% que viven en la misma ciudad a una distancia no caminable; 23% en el mismo domicilio que los padres; 21% en otra ciudad dentro de Chile; 17% a una distancia caminable y 3% en otro país.

Si consideráramos las formas de la convivencia familiar, tendríamos que pensar que una buena parte de las personas mayores tendrían sus soportes asegurados. Sin embargo, hay literatura que sostiene que las formas de convivencia no son un indicador suficiente para evaluar la calidad de los soportes intergeneracionales en la familia.

Las principales razones, según Daniela Klaus (2009), por las cuales los hijos cuidan o no a sus padres, son aspectos subjetivos, referidos a la internalización de las normas de reciprocidad y la cualidad del vínculo de apego.

Klaus, en su estudio acerca de las razones por las cuales los hijos adultos brindan soportes a sus padres viejos, discute los fundamentos de esta relación multigeneracional y señala que no existen explicaciones claras para estos arreglos. Las investigaciones sólo han identificado unas pocas explicaciones acerca de por qué los hijos ayudan a sus padres; dentro de éstas hay cuatro factores que parecen muy relevantes: el principio de reciprocidad, el sentimiento de intimidad o apego, las normas de obligación y el altruismo.

La autora estudió el peso relativo de estos cuatro factores, comenzando por reconocer que la reciprocidad es una de las razones que permiten entender por qué los hijos adultos sostienen a sus padres, dicho principio en las relaciones conlleva la norma de devolver el apoyo recibido de alguna forma (Klaus, 2009). Esto significa que la conducta de ayuda es motivada por la adhesión a las obligaciones internalizadas de colaborar a quienes nos han ayudado. Reciprocidad según la autora, en el contexto de las relaciones padres e hijos, significaría que durante la historia de la relación se logra un ajuste entre lo que se da y lo que se recibe.

En los hallazgos de su estudio el predictor más relevante de los soportes brindados a los padres, era la percepción –desde los hijos– del monto de los recursos que los padres habían movilizado en función de sus propios cuidados, este es el fundamento de la reciprocidad intergeneracional al interior de la familia.

Las características del vínculo de apego padre-hijo son también, según la autora (2009), un importante predictor de las relaciones de intercambio intergeneracional. Hijos con fuertes vínculos de apego con sus padres ofrecen más soporte a sus padres viejos.

Uno de los factores considerado sustrato de la relación de soporte intergeneracional es el tipo y monto del apego en la relación temprana padres-hijos. La teoría del apego de Bowlby da un soporte teórico a los hallazgos acerca del impacto del amor y la intimidad en las relaciones. Desde esta teoría se sostiene que la intimidad y el amor construido en la relación son fundamentales a la hora de sostener apoyos sociales a los padres. Esta hipótesis opera en ambos sentidos, tanto cuando se construye un vínculo de apego fuerte y seguro, como cuando es

débil, muy ambivalente o inestable, y en la forma de repetición de esa relación con los hijos.

Bowlby (2006) sostiene que padres débiles o enfermos, tienden a construir una relación desde la carencia con sus hijos, donde estos suelen sostener a los padres para prolongar la sobrevivencia de sus imágenes parentales de cuidado, en tanto recurso de protección aunque sea simbólico. Esto significa que padres débiles recibirán más soporte de sus hijos y que para padres más fuertes emocional, física o económicamente les resultará más difícil obtener soportes cuando lo requieren, ya que tanto para los padres como para los hijos resulta difícil cambiar el patrón de interacción establecido, basado en imágenes de las fortalezas y competencias del otro.

Los efectos del tipo de apego varían en el curso de la vida, por lo que es razonable esperar que la influencia del apego infantil se modifique en la medida que aumenta la edad de los padres y estos se fragilizan y requieren de soporte. Este curso evolutivo se sustenta desde la posibilidad de madurez emocional de los hijos, que básicamente depende de las experiencias reparatorias que hayan experimentado frente a fallas tempranas en sus vínculos de apego (Bowlby, 2006).

Según el estudio cualitativo sobre el fenómeno del maltrato hacia las personas mayores en la Región Metropolitana, realizado por el Servicio Nacional del Adulto Mayor (Senama, 2013) los adultos mayores reconocen a los hijos como las personas significativas más relevantes en las dinámicas emocionales y afectivas, y asignan mucha importancia a la relación previa, como indicador y pronóstico de la cercanía o lejanía de los hijos al entrar en la etapa de adultos mayores. Desde la percepción de los mayores el tipo de vínculo de apego incide en la calidad de los soportes.

Por otra parte, Klaus (2009) sostiene que cuando la relación ha sido de tensión y conflicto, no es evidente que por el sólo hecho de que los padres están viejos los hijos superen el conflicto y los puedan sostener amorosamente.

Otro argumento que sostiene Klaus (2009) es desde las normas. Desde la tradición sociológica la adhesión a las normas se sostiene por el deseo de aprobación social. Los estudios desde el ámbito normativo respecto del cuidado a los padres, se refieren a esta dimensión como "obligación filial" y se la define como una suerte de solidaridad normativa, que opera como un ajuste entre las normas y expectativas internalizadas y los deseos más egoístas de los individuos, donde el deseo de aprobación social juega un papel importante. Esto ocurre cuando los hijos adultos sienten que es su responsabilidad y obligación ayudar a sus padres viejos.

Esta solidaridad normativa pareciera haberse debilitado en el contexto de la modernidad, donde han adquirido un mayor espacio valores de indiferencia e individuación que dificultan la participación igualitaria de los distintos grupos sociales (Beck, 2006). Este fenómeno requiere encontrar formas de integración para los distintos grupos etarios y particularmente los viejos.

En relación con la obligación filial, es difícil definir los límites, ya que depende de las expectativas construidas por padres e hijos en esa relación específi-

ca. Sin embargo, en su estudio Jay Mancini y Rose Mary Blieszner (1989) señalan que los padres esperan que sus hijos los asistan cuando lo necesitan. Reconocen, sin embargo, que existen diferencias de género en relación con los cuidados de padres viejos, por una parte son las hijas las que habitualmente brindan más soportes, pero son también las madres no casadas, con problemas de salud quienes reciben más. Por otra parte, los padres tienen distintas expectativas respecto de lo que esperan de sus hijas y de sus hijos. Evidentemente en estos argumentos es posible reconocer las marcas del orden de género.

En el estudio de Senama (2013) los mayores señalan tener la expectativa de ser cuidados por sus hijos. Sin embargo, la obligatoriedad y exigibilidad de la preocupación de los hijos e hijas hacia sus padres mayores es relativizada en función de que hijos o hijas deben concentrar su preocupación en sus propias vidas.

Existiría la percepción desde los adultos mayores de haber cumplido su tarea de cuidado y protección, y, por lo tanto, sería justo recibir a cambio el mismo cuidado. Es decir, desde los mayores se espera que opere el principio de reciprocidad intergeneracional.

Los mayores desde el estudio, reconocen el desligamiento entre los parientes de diferentes edades como algo natural, que ellos también hicieron en su momento. Reconocen como un derecho que los hijos formen su propio hogar, por lo que la dependencia de las personas mayores de sus hijos o hijas no está significada desde la cohabitación, sino desde la forma de soporte que requieran.

Klaus (2009) indaga también acerca del peso del altruismo en los soportes intergeneracionales brindados a los padres, teniendo presente la ambigüedad del término y las bases inciertas de la conducta altruista. Desde la psicología se enfatiza el rol de la empatía como sustento motivacional de la conducta altruista, sin embargo, desde la sociología la discusión se ha centrado más bien en el impacto de cómo operan las normas sociales.

Desde lo planteado por Klaus hay dos ejes que nos facilitan comprender las razones desde las cuales se sostiene o falla el soporte intergeneracional, un eje es el ámbito normativo, que opera desde el principio de reciprocidad, y otro eje, es el vincular, que opera desde la calidad de los vínculos de apego recreados en la relación.

Si tenemos presente los cambios culturales en las formas de convivencia familiar, que se sostienen en la valoración de la autonomía e individualidad propios de la modernidad; como también los aspectos subjetivos que inciden en las relaciones intergeneracionales, se construye un escenario donde surgen riesgos y desafíos para pensar en cómo sostener del mejor modo las necesidades de soporte de los mayores.

En Chile la familia continúa siendo el principal soporte para los adultos mayores. Es posible hipotetizar que en las familias donde operan sólidamente las normas de reciprocidad y los vínculos de apego, los soportes intergeneracionales continúan operando. Por el contrario cuando estos fundamentos se debilitan y el

marco valórico predominante promueve el proyecto individual surgen riesgos en los soportes generacionales.

Así pueden surgir distintos escenarios: familias en que conviven distintas generaciones y sostienen relaciones de soporte basado en la reciprocidad y vínculos de apego. Y familias donde la cohabitación es sólo una estrategia de sobrevivencia, sin contar con los fundamentos para sostener los soportes.

En este contexto la convivencia en un mismo hogar de las distintas generaciones, especialmente cuando no corresponde a una real elección, puede constituir más bien un factor de riesgo de aparición de malos tratos hacia los mayores, que un espacio de acogida y cuidado.

Otro escenario posible de estructura familiar es cuando no conviven las distintas generaciones, o el adulto mayor no tiene descendencia. En los casos que tienen descendencia la calidad de los soportes también dependerá de cómo opera el principio de reciprocidad y la calidad de los vínculos de apego que hayan desarrollado. En el caso de los adultos mayores que no tienen descendencia directa es más radical el vacío respecto de sus soportes intergeneracionales y aparece más evidente la necesidad de pensar los soportes más allá de la familia.

Es posible pensar que en Chile, en la medida que se han incorporado los cambios sociales y culturales propios de la modernidad en los distintos grupos, se han debilitado los soportes intergeneracionales, especialmente en las familias donde falla el principio de reciprocidad y la calidad de los vínculos de apego es frágil. En estos contextos familiares sin un marco valórico que enfatice la responsabilidad filial, y que por el contrario resalta los valores del proyecto individual, aparece el riesgo de precarización de los soportes.

En Chile la mayoría de los mayores vive en contextos familiares, aun cuando no sea descendencia directa, por ello se tiende a pensar que los soportes están bastante asegurados, sin considerar si cuentan con las condiciones para brindarlos.

Respecto de las formas de convivencia la literatura plantea que el factor decisivo en esta distinción es el nivel socio económico. En hogares con escasez de recursos la convivencia en el mismo domicilio es la forma de convivencia más habitual. En las clases más acomodadas, la forma de convivencia más habitual entre padres mayores e hijos adultos es la cercanía geográfica (Bonvalet, 2003).

Por otra parte, los autores destacan que para los padres adquiere mucha relevancia la cualidad subjetiva de los soportes, en el sentido de que no consiste en la cantidad o frecuencia de los soportes y contactos con los hijos, sino lo que valoran es la cualidad de la relación, si es hostil o amistosa, independientemente de la cantidad y tipos de soporte brindados, señalan que sentirse respetado y querido es lo más relevante para los padres (Lopata, 1975; Walker, 1977, citado en Guzmán, Huenchuán & Montes de Oca, 2002).

Resulta necesario pensar en distintos tipos de soporte según las necesidades y contexto de soporte en que vivan los adultos mayores. Una modalidad de

formas de soporte que existe en países demográficamente envejecidos y con políticas sociales frente al aislamiento social y soledad de los adultos mayores, son los soportes a distancia vía grupos de apoyo telefónico según el tipo de necesidad. Estos servicios indican que contribuyen a la reinserción social, básicamente a través de restablecer la confianza en que frente a cierto tipo de necesidades, los mayores tienen a quién recurrir. También señalan que el uso de los servicios a distancia depende mucho de rasgos de personalidad y características culturales (Cattan, Kime & Bagnall, 2011).

En Chile la visión de la familia como la red de soporte, es una característica cultural, que no está considerando los cambios impuestos por la modernidad. Existen iniciativas desde distintos servicios municipales y fundaciones de apoyo hacia los adultos mayores que contribuyen activamente en su bienestar; este tipo de estrategias fortalece el carácter comunitario de los soportes, resolviendo no solo las necesidades instrumentales de los adultos mayores sino también contribuyendo a su integración social.

Considero relevante observar la experiencia de países con políticas de envejecimiento más desarrolladas y reconocer el momento en que comenzaron a implementar estos servicios y las modalidades de diseño exitosas, pensando en que el modelo de soporte casi exclusivamente familiar no es sostenible en el tiempo, ni del mismo modo en los distintos grupos sociales.

El tema que pone en discusión la profesionalización de los servicios de apoyo, es el tema de la intimidad, con quienes los adultos mayores establecen relaciones de proximidad frente a necesidades de apoyo. Sin embargo, existen distintos tipos de soportes necesarios, algunos son instrumentales, otros emocionales o económicos. Algunos requieren mayor compromiso emocional e intimidad, otros no. Este tipo de distinciones en relación con las necesidades de soporte de los mayores, es un camino para pensar estrategias que se pueden implementar desde la comunidad.

Comprender los cambios que ha experimentado la familia en su estructura y funcionamiento, necesariamente conlleva a repensar los soportes sociales que requiere para cumplir con su misión de velar por la protección y cuidado de sus miembros.

Considero pertinente, desde la política pública de cuidado de los mayores, iniciar una línea de propuestas de sensibilización y ofertas de servicios a distancia, o servicios comunitarios acorde a las necesidades de apoyo reconocidas de la población adulta mayor, particularmente de los que viven solos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- » Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Paidós.
- » Bonvalet, C. (2003). La familia en el entorno local. *Population*, 58(1), 9-43. Recuperado de: http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/pop_0032-4663_2003_num_58_1_7384.

- » Bowlby, J. (2006). *Los Vínculos afectivos: Formación, Desarrollo y Pérdida*. España: Morata.
- » Guzmán, J. M., Huenchuán, S. & Montes de Oca, V. (2002). Redes de apoyo social de las personas mayores: Marco conceptual. En Huenchuán, S. (Comp.). *Redes de Apoyo Social de las Personas Mayores: el rol del estado, la familia y la comunidad*. Centro Latinoamericano y Caribeño de demografía (Celade), División de población de la Cepal. Ed. Fondo de Población Naciones Unidas. Recuperado en: <http://envejecimiento.sociales.unam.mx/articulos/redes.pdf>.
- » Klaus, D. (2009). Why Do Adult Children Support Their Parents?. *Journal of comparative family studies*, Vol. 40(2), 227-242.
- » Lesthaeghe, R. (1995). La deuxième transition démographique dans les pays occidentaux: une interprétation. En D.Tabutin (Ed.) *Transitions démographiques et sociétés*, (pp. 133-180) Editions Académia - Harmattan, Louvain-la-Neuve & Paris.
- » Mancini, J. & Blieszner, R. M. (1989). Aging Parents and Adult Children: Research Themes in Intergenerational Relation. *Journal of Marriage and the Family*, 51, 275-290.
- » Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) & Servicio Nacional del Adulto Mayor (Senama). (2010). *Segunda encuesta nacional: Calidad de vida en la vejez. Chile y sus mayores*. Santiago, Chile.
- » Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (Pnud). (2002). *Desarrollo humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago: Pnud.
- » Servicio Nacional del Adulto Mayor, Senama. (2013). *Estudio sobre el fenómeno del maltrato hacia las personas mayores en la Región Metropolitana*.